

LA TRADICIÓN INDIANISTA EN SANTO DOMINGO

CONCHA MELÉNDEZ.

Universidad de Puerto Rico.

Ningún país hispanoamericano ofrece una tradición de literatura indianista más continuada que Santo Domingo. Tradición cíclica, iniciada por Las Casas que alcanza vértice y final al mismo tiempo en la novela *Enriquillo*.

Este amor por las tradiciones indígenas que lleva a los escritores dominicanos a su aprovechamiento más o menos artístico en el drama, la poesía y la novela, trasciende a la escultura: Abelardo Rodríguez Urdaneta modela un Caonabo rebelde y bello al descubrir el significado de los grillos con que acaban de aprisionarlo. El mismo Rodríguez Urdaneta nos decía cómo a tener más estímulo en su arte, hubiera también llevado a la plástica dos temas de gran dramatismo: Anacaona camino del suplicio, y la muerte de Guaroa, este último inspirado en un pasaje de la novela de Galván.

Las Casas tuvo por la Isla Española particular amor. Los veinte primeros capítulos de la *Apologética historia sumaria* están dedicados a describir su geografía, sus frutas, sus árboles, su fauna. El capítulo xx coteja la Española con Inglaterra, Sicilia y Creta, para concluir: “Y esto basta para manifestación de la grandeza, capacidad, amenidad, templanza, suavidad, riqueza, felicidad y excelencias de esta Española sobre todas las islas.”¹

La tradición indígena aparece embellecida en *La historia de las Indias*. De esta obra han derivado, directa o indirectamente los autores románticos de Santo Domingo, los temas y los caracteres de sus obras indianistas. Las Casas presenta con simpatía las grandes figuras indígenas: Guacanagarí, el aliado de los españoles; Caonabo, señor y rey muy esforzado de la Maguana; Anacaona, “señalada y comedida señora, muy notable mujer, muy prudente, muy graciosa y parlanciana en sus hablas y artes”; Guarionex, “bueno y pacífico”.²

Juan de Castellanos dedica parte de la Elegía primera y totalmente la tercera a la conquista de la Española. Su crudo realismo destruye la poesía de los retratos de Las Casas. De la reina Anacaona escribe:

*Aquesta fue mujer de Caonabo
hermano del cacique Behechío
querida de estos dos por todo cabo
y respetada del demás gentío
y aunque de castidad fue menoscabo
para guerras no tuvo el pecho frío.*³

Presenta a Enriquillo con más espíritu de venganza que justa rebeldía. Sin embargo, no silencia las cualidades notables del cacique:

Fue Enriquillo, pues, indio ladino que supo bien la lengua castellana, era gentil lector, gran escribano, y en estas islas tuvo grande mano.⁴

Castellanos es una de las fuentes que cita Galván en el apéndice de su libro para corroborar la historicidad de su narración en lo que se refiere a Enriquillo.

Las Casas dedica tres capítulos de su *Historia de las Indias* al alzamiento del cacique. Lo describe “alto y gentil de cuerpo, bien proporcionado; la cara no la tenía hermosa ni fea pero tenía la de hombre grave y severo”.⁵ Anticipa Las Casas lo que han visto en Enriquillo las generaciones románticas: “Cunde en toda la isla la fama y victorias de Enriquillo, huyense muchos indios del servicio y opresión de los españoles y vanse a refugio y

¹ *Apologética historia*, en *Nueva Biblioteca de Autores Españoles* (Madrid, Bailly Ballière e hijo, 1909), XIII, 50.

² *Historia de las Indias* (Madrid, M. Aguilar, 1927), II, 455-56.

³ *Elegías de varones ilustres*, p. 36.

⁴ *Ibid.*, p. 49.

⁵ *Op. cit.*, III, 235.

bandera de Enriquillo como a castillo roquero inexpugnable, a se salvar”.⁶ Tan emocionado es el relato, que Galván en su novela, al llegar a este episodio, no tendrá sino ampliar los capítulos de Las Casas.

Tuvo Galván, además de estos precedentes coloniales, antecesores en el tema indígena durante el romanticismo. Javier Ángulo Guridi escribió en 1867 el drama *Iguaniona*.⁷ Escrito en tres actos y en verso, en él aparecen Guarionex, Guatiguana, la princesa Iguaniona, un gran sacerdote, Bartolomé Colón y Pedro Avendaño.

La escena sexta es un monólogo de la princesa que resume el espíritu del drama haciendo la historia de la Conquista en la isla. Acusa a todos, menos a Bartolomé Colón.

Avendaño en la escena séptima, trata de convencer a Iguaniona de que lo siga. La princesa saca una flor del seno y la aprieta a sus labios. Muere envenenada diciendo: “La tumba antes que sierva.” Es el *Igi aya bonghe* — primero muerto que esclavo—, que cantaban en su himno de guerra los ciguayos; el “muero libre” que atribuye Galván al cacique Guaroa.

Este amor a la libertad que infunden los autores románticos en sus personajes indios, resume la angustia y las inquietudes de la Nación dominicana durante las vicisitudes de su historia. En 1867 hacía dos años que la Isla se había declarado libre de la reanexión a España. Antes de esa fecha, los dominicanos habían proclamado su independencia (1821); habían sufrido veintidós años de invasión haitiana; otra vez habían proclamado la República en 1844. La rebeldía del cacique Enriquillo, alcanza pues, para los dominicanos, la categoría de símbolo patriótico de renovada actualidad.

De mucho más valor poético que *Iguaniona* es la obra de José Joaquín Pérez (1845-1900). *Fantasías indígenas* (1876-1877) es una serie de breves poemas donde reaparecen los personajes de la tradición indígena dominicana. No reviven directamente de las páginas de Las Casas: J. J. Pérez utiliza fuentes más inmediatas: los *Apuntes históricos sobre Santo Domingo* de A. Llenas; la *Geografía de la Isla de Santo Domingo* de Javier A. Guridi; la *Historia de los caciques de Haití* por Emil Nau; la novela histórica *Cristóbal Colón* de Lamartine; la *Vida de Cristóbal Colón* por Washington Irving.

Su imaginación, encendida por un don lírico intenso es la fuente principal de estos poemas en donde los heroicos caciques pasan bellamente estilizados por una lejanía vista con nostalgia. Anacaona, la reina poetisa, es la figura dominante. Describiéndola, José Joaquín Pérez anticipa la entonación suavemente melancólica de Zorrilla de San Martín:

*Tal es la digna esposa del valiente
e indómito cacique de Maguana,
ipaloma tropical que el ala tiende
y del águila el nido amante guarda!*

*Su mirada es de luz y amor; su acento
eco dulce del valle y la montaña
preludio del laúd de ocultos genios
que el aire pueblan cuando asoma el alba.*⁸

Escribió el poeta una de sus fantasías en prosa: *Flor de palma o la fugitiva de Borinquen*. Anaibelca, hija del cacique de Borinquen Bayoán, es la protagonista. Fascinante y ambiciosa de mando, la borincana pudo inspirar una novela. La leyenda está escrita en mala prosa y es inferior a cualquiera de las *Fantasías* en verso.

Salomé Ureña de Henríquez (1850-1897) suma a la tradición poética indianista su poema *Anacaona*.⁹ La introducción describe la raza indígena quisqueyana. Luego el poema va desenvolviéndose según un plan sistemático. A la descripción de Anacaona y Caonabo, las figuras salientes, sigue la profecía del *buitío* que anuncia la destrucción de la raza; la llegada de los españoles; el ataque de Caonabo a Guacanagarí y destrucción del fuerte Navidad; la guerra y liga de caciques; la prisión y muerte de Caonabo. Después de la matanza de Jaragua, el suplicio de la reina. El poema está escrito con la variedad estrófica frecuente en Zorrilla.

⁶ *Ibid.*, III, 236.

⁷ Santo Domingo, Imp. J. J. Machado, 1881.

⁸ *La lira de José Joaquín Pérez* (Santo Domingo, Imp. de J. R. vda. García, 1928), p. 103.

⁹ *Poesías* (Sociedad de amigos del país Santo Domingo, García Hermanos, 1880), pp. 113-208.

“ENRIQUILLO”: PANORAMA

La novela *Enriquillo*¹⁰ debe tener para los hispanoamericanos un interés profundo. Leyéndola, asistimos al primer centro de trasplante de la cultura española en América. La novela enmarca la historia de Santo Domingo de 1503 a 1533; el momento de transitorio predominio de la Ciudad Primada, erguida frente al Ozama con su Torre del Homenaje, su flamante palacio de Diego Colón, su catedral, sus conventos de San Francisco y Santo Domingo.

En el fondo, las figuras ya sumisas de los indios; en el centro los grandes personajes de la Conquista que toman la Española como tránsito para sus expediciones más arriesgadas: Hernando Cortés, Vasco Núñez de Balboa, Francisco Pizarro, Diego Velázquez, Juan de Grijalva. La vuelta de Cristóbal Colón de Jamaica y el recibimiento que le hace Ovando constituye un episodio interesante.

Mas todo esto está al margen de la novela que tiene dos núcleos de interés: la corte de los virreyes, don Diego Colón y doña María de Toledo, y Enriquillo, el cacique Guarocuya, a quien vemos pasar de niño a hombre teniendo ante sus ojos el espectáculo de su raza sojuzgada.

El carácter de Guarocuya va acentuándose, hasta que convencido de la inutilidad de toda gestión pacífica, desesperado él mismo por la injusticia y la afrenta, se transforma en un rebelde señor de sus montañas, para ofrecer a los suyos la libertad que la civilización les negaba.

Eje de esos dos núcleos es fray Bartolomé de las Casas, cuya biografía se va insertando gradualmente en la narración, asociándola al hilo de los episodios.

El horizonte histórico no puede ser más vasto. El novelesco es una derivación de lo histórico, sentimentalmente sobria, un inusitado caso de romanticismo atenuado que fluye con dignidad clásica.

Los principales episodios novelescos que así parten de la historia, son los amores de Juan de Grijalva y María de Cuéllar, la muerte de Guarocuya, la prueba de los neblíes hecha por Enriquillo ante el virrey.

Tres partes forman la novela. Comienza evocando la matanza de los caciques en Jaragua, medida de conquista realizada por el comendador don Nicolás de Ovando. El autor presenta a Guarocuya niño, con su tía Higuemota, viuda ya de don Hernando de Guevara. Siguen, la aparición súbita de Guarocuya quien se lleva al niño a las montañas; las intrigas de Pedro Mojica para apoderarse de la fortuna de Higuemota; la muerte de Guarocuya y vencimiento de Cotubanamá; las reclamaciones de don Diego Colón y la obtención de sus derechos; su matrimonio con doña María de Toledo, y su venida a la Española con el título de virrey. Comienza en esta parte el episodio de Grijalva y María de Cuéllar.

La segunda parte continúa ese episodio con las intrigas de Pedro Mojica a favor de Velázquez, quien deseaba casarse con la doncella. Como resultado, la separación de los jóvenes: Grijalva se marcha en la expedición de Nicuesa y Ojeda; María de Cuéllar consigue, ayudada por los virreyes, aplazar su boda con Velázquez hasta el término de un año.

Se inicia en esta parte la campaña por la libertad de los indios con el discurso de fray Antonio de Montesino y sus gestiones ante el rey, que originan las ordenanzas de Burgos para mejorar la situación de los indígenas. Termina con la conclusión del episodio de Grijalva y María de Cuéllar: la muerte de ésta en Cuba el mismo día de sus bodas. Grijalva muere a manos de los indios nicaragüenses.

La tercera parte narra el alzamiento de Enriquillo, quien asume la categoría de protagonista. Realizadas después de algunos obstáculos levantados por Mojica, las bodas de Enriquillo y su prima Mencía, muerto ya el protector del joven, don Francisco de Valenzuela, su hijo humilla al cacique, lo somete a la dolorosa situación de encomendado y trata de ultrajar torpemente el honor de Mencía. Enriquillo pide justicia en San Juan de la Maguana, y al no conseguirla, va hasta Santo Domingo con igual resultado. Sin protección inmediata, pues Las Casas se halla en España, Enrique se marcha con su cuadrilla a la sierra del Bahoruco, solar de sus antepasados. Allí se le unen indios de todas partes, y en rebeldía persistente, se mantiene libre con los suyos durante trece años. Al fin Carlos V le escribe ofreciéndole el perdón y la libertad de los indios. Concentrados en el pueblo de Boya y sus cercanías, los indios vivieron desde entonces libres, gobernados por Enrique.

¹⁰ *Enriquillo*, primera parte, Santo Domingo, Imp. del padre Billini, 1879; edición completa, Santo Domingo, Imp. García Hermanos, 1882.

FUENTES, ESTILO E INFLUENCIAS LITERARIAS

La fuente principal de la novela es la *Historia de las Indias* de Las Casas, que Galván cita textualmente a cada paso; siguen en importancia las *Décadas* de Herrera; las biografías de fray Bartolomé de las Casas escritas por Quintana y Remesal; las *Elegías* de Juan de Castellanos; la *Vida de Colón* por Washington Irving. En un apéndice el autor copia los pasajes históricos sobre los cuales elaboró importantes capítulos de la novela.

Hemos señalado ya el sabor clásico de la prosa galvaniana. Las fuentes en que se documentó Galván, influyeron en su estilo indudablemente. Su manera de narrar recuerda formalmente a Antonio de Solís, mas la contenida melancolía con que describe la extinción de los indígenas, se acerca más a Garcilaso de la Vega (El Inca).

A veces arranca palabras del texto de Las Casas —una de sus maneras de arcaizar su lenguaje— anotándola al mismo tiempo. Así usa y anota “santochado” por idiota o mentecato;¹¹ “criado”, en lugar de protegido; “gruñeron” en el sentido de protestaron. El arcaísmo sin embargo, fluye principalmente del asunto, que obliga al autor el uso del vocabulario indispensable para describir la indumentaria y las costumbres. Reduce a lo estrictamente necesario el uso de palabras indígenas, otro acierto que contribuye a mantener la armonía de su prosa.

Hechizado por la pasión de lejanía, descuida la descripción de la naturaleza, realidad demasiado cercana. La breve descripción del Lago Dulce¹² o la del camino de Santo Domingo a Concepción de la Vega apenas si nos dan bosquejos imprecisos del maravilloso paisaje quisqueyano. Veamos este último. Refiriéndose a Las Casas escribe:

Deteníase como un niño haciendo demostraciones de pasmo y alegría, ora al aspecto majestuoso de la lejana cordillera, ora a vista de la dilatada llanura o al pie del erguido monte que lleva hasta las nubes su tupido penacho de pinos y *baitoas*. El torrente, quebrando sus aguas de piedra en piedra, salpicando de menudo aljófar las verdes orillas: el caudaloso río deslizándose murmurador en ancho cauce de blancas arenas y negruzcas guijas; el añoso *mamey*, cuyo tronco robusto bifurcado en regular proporción ofrecía la apariencia de gótico sagrario; el inmenso panorama que la vista señorea en todos sentidos desde la cumbre de la montaña, todo era motivo de éxtasis para el impresionable viajero.¹³

Las más veces, Galván acude a Las Casas, como en la descripción de la Real Vega,¹⁴ entresacada de la *Historia de las Indias*.

La aproximación estilística a Garcilaso se logra bellamente en I capítulo xiv, que narra la muerte de Guaroa:

Distingúase a primera vista la figura escultural de su caudillo, que abismado en la honda meditación, se reclinaba con el abandono propio de las grandes tristezas en el tronco de un alto córvano, de cuya trémula copa, que el sol hacía brillar con sus primeros rayos, enviaba, el ruiseñor sus trinos a los ecos apacibles de la montaña: Los árboles, meciendo en blando susurro el flexible follaje, respondían armónicamente al sordo rumor del mar cuyas olas azules y argentadas se divisaban a lo lejos desde aquellas alturas, formando una orla espléndida al grandioso panorama.¹⁵

La manera como introduce aquí Galván la naturaleza, no vuelve a ocurrir en el resto del libro. Denuncia un propósito de adecuar el escenario a la acción dramática que sigue: el asalto inesperado de Diego Velázquez y el combate entre ambos caudillos. Velázquez desarma a Guaroa y entonces:

Precipitóse Guaroa a recobrar su espada y habiéndose adelantado a impedirselo un español, el contrariado guerrero sacó la daga pendiente de su cintura y después de haber hecho ademán de herir al que estorbaba su acción, viéndose cercado por todas partes, se la hundió repentinamente en su propio seno. ¡Muero libre! dijo; y cayó en tierra exhalando un momento después el último suspiro.

Así acabó gloriosamente sin doblar la cerviz al yugo extranjero, el noble y valeroso Guaroa; legando a su linaje un ejemplo de indómita bravura y de amor a la libertad.¹⁶

¹¹ *Enriquillo* (Imp. García Hermanos, 1882), p. 255.

¹² *Ibid.*, p. 22.

¹³ *Ibid.*, p. 141.

¹⁴ *Ibid.*, pp. 146-47.

¹⁵ *Ibid.*, pp. 36-37.

¹⁶ *Ibid.*, pp. 38-39.

La obra sólo tiene algunos pasajes que recuerdan el arte de Scott. En *Enriquillo* encontramos invertido el procedimiento más feliz del esquema scottiano; los personajes históricos que sabiamente sitúa Scott en segundo término llenando el primer plano con los novelescos, son en Galván los que resaltan a plena luz, mientras lo novelesco tiene siempre carácter episódico, es derivación a la manera azorinesca de hechos reales. Así pierde la única posibilidad de realizar —hasta donde cabe— una perfecta novela histórica, posibilidad que Larreta aprovechó en *La gloria de don Ramiro*. Al hacer esto, prueba Galván que no estudió la técnica de Scott y da muestra al mismo tiempo de su casi intuitiva visión artística. Pues lo novelesco en *Enriquillo* —y esto es uno de los subidos valores del libro— armoniza bellamente con lo histórico. Tal el episodio de los amores de Grijalva y María de Cuéllar y el de los neblíes de Enriquillo. Examinemos éste.

Herrera cita el envío a Carlos V de doce halcones desde Santo Domingo. Galván atribuye a Enriquillo conocimientos en cetrería adquiridos del escudero de su padrino Diego Velázquez. El joven va al Alcázar a visitar a su prima Mencía y Diego Colón le pide que pruebe la destreza de sus neblíes. Galván escribe:

Numerosas gaviotas blancas y cenicientas revoloteaban a corta distancia rozando las murmuradoras aguas del Ozama, mientras que a considerable altura sobre los tejados de los edificios, las juguetonas golondrinas se cernían en el espacio diáfano describiendo caprichosos y variados giros.

Enriquillo escogió uno de sus halcones: era un hermoso pájaro de hosco aspecto, ojos de fuego, cabeza abultada y corvo pico; recias plumas veteadas de negro y rojo claro decoraban sus alas y tenía salpicado de manchas blancas el parduzco plumaje de la espalda. El pecho ceniciento y saliente, las aceradas garras que se adherían a las carnosas patas cubiertas de blanca pluma, completaban el fiero y altivo aspecto de aquella pequeña ave que semejava un águila de reducidas proporciones.

—¿Queréis una gaviota o una golondrina?

—Lanza el pájaro contra la gaviota primero; las sardinas te lo agradecerán.

Enrique hizo un rápido movimiento de inclinación con la diestra hacia el punto que ocupaba una bandada de gaviotas y el inteligente neblí se disparó en línea recta sobre ellas, apoderándose de una y volviendo al joven cacique en menos tiempo del que se emplea en referirlo.

Si en la arquitectura general de su libro Galván no sigue a Scott, se aproxima a él en el logrado color local de algunos episodios y en la feliz reconstrucción del pasado que revive. De sabor scottiano con los capítulos xxiv al xxvi, que narran el encuentro de Diego Colón y doña María de Toledo, la petición de mano de la noble doncella, y la proclamación formal del compromiso. Intentó sin lograrlo un personaje humorístico a la manera de Scott: el médico que esmalta sus diagnósticos de latines y alusiones a Avicena.

ACTITUD ANTE ESPAÑA

La reacción favorable hacia España después de los extremos del odio revolucionario la hemos visto apuntar en la visión equilibrada de la Avellaneda al juzgar la Conquista. En *Enriquillo* esta nota se acentúa. Hay, además, evidente propósito de parte del autor, de realzar las nobles hazañas de la Nación española y afirmar que la crueldad de la Conquista fue un hecho de circunstancias propicias al desarrollo de la ambición.

La dedicatoria a don Rafael María de Labra que aparece al frente de la edición de 1882, nos dice como surgió en él la idea de su libro. Fue en el acto de la proclamación de la libertad de los esclavos en San Juan de Puerto Rico:

Desde el balcón central del Palacio de la Intendencia, un hombre arengaba con ademán solemne, con sonoro acento, aquella innumerable cuanto silenciosa multitud. Aquel hombre estaba investido de todos los atributos del poder; ejercía la autoridad absoluta de la Isla, era el gobernador, capitán general don Rafael Primo de Rivera y en aquel momento cumplía un bello acto de justicia proclamando en nombre de la Nación española, la abolición de la esclavitud en la hermosa Borinquen. Ruidosos y entusiastas vivos a España terminaron aquella escena sublime.¹⁷

Entonces Galván busca analogías morales en un hecho de los primeros días de la Conquista: recuerda las figuras de fray Bartolomé de las Casas y del cacique Enriquillo y forma el propósito de escribir su libro para dedicarlo a la Sociedad abolicionista española.

¹⁷ *Enriquillo*, p. 1.

Ante la ambición y los vicios de algunos conquistadores, opone la eficacia civilizadora de los frailes dominicos. En el capítulo final hace una observación que precisa su actitud ante España. Refiriéndose al indio Tamayo nos dice:

El esforzado teniente de Enriquillo se había convertido de una vez, cuando vio por los actos de Hernando San Miguel y Francisco de Barrionuevo, que los mejores soldados españoles eran humanos y benévolos, y por la carta de gracia de Carlos V a Enriquillo, que los potentados cristianos verdaderamente grandes, eran verdaderamente buenos.¹⁸

Esta actitud que anticipa la valoración positiva de lo que en nuestra cultura constituye lo invulnerable español, valoración realizada en la época modernista por nuestros pensadores —Rodó en primer término— constituye uno de los aspectos más sugestivos del *Enriquillo*.

JOSÉ MARTÍ Y “ENRIQUILLO”

La lectura de *Enriquillo* produjo en Martí admiración emocionada y entusiasta. Él, de juicio tan equilibrado cuando comenta a Whitman y a Wilde, aquí sólo sabe anotar frases admirativas:

“¡Qué Enriquillo, que parece un Jesús! ¡Qué Mencía, casada más perfecta que la de fray Luis! ¡Qué profundidad en la intención! ¡Qué transparencia en las escenas! ¡Qué arte en todo el conjunto que baja al idilio cuando es menester y se levanta luego sin esfuerzo y como esfera natural a la tragedia y la epopeya!”¹⁹

Martí encuentra en el lenguaje de la novela, castidad y donosura, en la presentación de los caracteres “maestría, justeza y acabamiento”. Ve en el libro reunidos, novela, poema e historia.

El capítulo XI, donde el niño Guarocuya es proclamado rey, su paso a través de la cordillera, ya a pie, ya en brazos de los compañeros de Guaroa, hizo vibrar en Martí su innata ternura por los niños. Del capítulo XI, toma la imagen de Las Casas “sin armas, vestido con jubón y ferreruelo”. Todavía en el capítulo XII, encuentra más detalles sobre el niño: agilidad, buen humor, desagrado cuando lo llevaban en hombros. De aquí recoge también el detalle del beso con que Las Casas saluda al niño. Todo queda en la memoria de Martí, y, cuando en *La edad de oro*, revista fundada exclusivamente para los niños, quiere dar a conocer a sus lectores infantiles el apostolado de Las Casas, revive la visión amable del niño indio:

Lo mejor era irse al monte con el valiente Guaroa y con el niño Guarocuya, a defenderse con las piedras, a defenderse con el agua, a salvar al reyecito bravo, a Guarocuya. Él saltaba el arroyo, de orilla a orilla; él clavaba la lanza lejos, como un guerrero; a la hora de andar, a la cabeza iba él; se le oía la risa de noche como un canto; lo que él no quería era que lo llevase nadie en hombros. Así iban por el monte cuando se les apareció entre los españoles armados el padre Las Casas, con sus ojos tristísimos, en su jubón y ferreruelo. Él no disparaba el arcabuz, él les abría los brazos. Y le dio un beso a Guarocuya.²⁰

No podía escapar a Martí el sentido simbólico del noble cacique. En su ensayo *Heredia* alude a él como enseñanza impresa en el suelo dominicano:

Santo Domingo, semillero de héroes, donde aún en la caoba sangrienta y en el cañaveral quejoso y en las selvas invictas, está como vivo, manando enseñanzas y decretos, el corazón de Guarocuya.²¹

“ENRIQUILLO”, SÍMBOLO NACIONAL

El cacique del Bahoruco representa para la Nación dominicana, el símbolo más alto de civismo y dignidad. Los principales juicios de autores dominicanos que del libro de Galván han llegado hasta nosotros, concuerdan con esta interpretación.

Inicia el símbolo Galván mismo, quien en su novela, no sólo realza el noble carácter de Guarocuya tal como la historia lo muestra, sino que lo idealiza con perfiles de refinamiento que aquél acaso no poseyó. Además, va

¹⁸ *Ibid.*, p. 224.

¹⁹ “Carta a Manuel de J. Galván”, inserta en *Obras completas* (La Habana, Ed. Gonzalo de Quesada, 1914), XIII, 315-16.

²⁰ Martí, *El Padre Las Casas. Páginas escogidas* (París, Garnier, s.f.), p. 254.

²¹ *Ibid.*, p. 143.

modelando gradualmente las ansias de libertad de Enriquillo, dándoles una amplitud que no desentona con lo que sabemos del héroe, pero que tampoco tiene validez histórica.

La primera lección la recibe el niño Guarocuya a los siete años, cuando su tío Guaroa, tratando de convencerlo de que lo siga a las montañas, le muestra un andrajoso naboría que cruza la pradera con un haz de leña y le dice: —Dime, Guarocuya, ¿quieres ser libre y señor de la montaña, tener vasallos que te obedezcan y te sirvan o quieres cuando seas hombre cargar leña y agua como aquel vil naboría que va allí? ²²

Educándose con gran provecho en el convento de franciscanos de Verapaz, el adolescente muestra predilección por la rebeldía de Viriato y su alzamiento contra los romanos.²³

Un poco más tarde Galván pone en sus labios estas palabras: “Mientras los de mi nación sean maltratados, la tristeza habitará aquí”, palabras que subraya con la mano sobre el pecho.

Galván introduce el matiz apostólico en la insurrección de Enriquillo, cuando dice comentando una de sus victorias:

Enriquillo no quiere matanza ni crímenes. Quiere tan sólo, pero quiere firme y amorosamente, su libertad y la de todos los de su raza. Quiere llevar consigo el mayor número de indios armados, dispuesto a combatir en defensa de sus derechos; de derechos que los más de ellos no han conocido jamás y que es preciso ante todo hacerles concebir y enseñárselos a definir. Y este trabajo docente, y este trabajo reflexivo y activo, lo hacen en tan breve tiempo la prudencia y energía de Enriquillo y Tamayo combinadas.²⁴

No rechaza Enriquillo las elevadas enseñanzas que ha aprendido de los españoles: todas las noches congrega a sus vasallos para rezar el rosario de la Virgen. Pero en el instante de la defensa, cuando Valenzuela y Mojica van a buscarlo a su retiro con fuerza armada, se adelanta a ellos “transfigurado, altivo, terrible”.

El autor, comentando el alzamiento, amplía la interpretación nacionalista dándole un carácter continental:

El alzamiento de Bahoruco aparece como una reacción; como el preludio de todas las reacciones que en menos de cuatro siglos han de aniquilar en el Nuevo Mundo, el derecho de conquista.²⁵

Las últimas palabras de la novela, afirman el símbolo sobre las montañas de Bahoruco, el más bello monumento al recuerdo de Enriquillo:

Este nombre vive y vivirá eternamente: un gran lago lo perpetúa con su denominación geográfica; las erguidas montañas del Bahoruco parece como que lo levantan hasta la región de las nubes y, a cual²⁶quier distancia que se alcance a divisarlas en su vasto desarrollo, la sinuosa cordillera, contorneando los lejanos horizontes, evoca con muda elocuencia el recuerdo glorioso de Enriquillo.

Definido ya el símbolo, los intelectuales dominicanos lo acogen y acentúan. Federico García Godoy (7-1923) ve en Enriquillo serenidad, armonía; la describe como obra “clásica por el pensamiento, por la forma y por el estilo”.²⁷ Señala el parentesco de la novela por el corte y por el estilo con obras parecidas de las mejores épocas de la literatura española. Ve también la manera artística hasta donde cabe, con que lo novelesco armoniza con lo histórico.

Creemos que acierta García Godoy en cuanto al clasicismo de forma y estilo en *Enriquillo*. No así en el pensamiento, que nos parece, como hemos tratado demostrar, esencialmente romántico.

Se detiene García Godoy ante el símbolo. Sintetiza Enriquillo para él “un momento histórico de efectiva importancia”. Y añade:

Es un tipo representativo que condensa bella y eficazmente, los dolores, los infortunios, las amarguras, los heroísmos de un pueblo que parecía tocado ya de irremediable decadencia. Ese libro es, y seguirá siendo, a lo que pienso, la más fiel y artística evocación de la época en que empieza a incubarse nuestro destino histórico. Y, como dice el gran Martí, será, en cuanto se le conozca, cosa de toda América.

²² *Enriquillo*, p. 7.

²³ *Ibid.*, p. 52.

²⁴ *Ibid.*, p. 290.

²⁵ *Enriquillo*, p. 213.

²⁶ El antiguo lago de *Caguani*, hoy *Enriquillo*.

²⁷ “La literatura dominicana”, *Revue Hispanique* (París-New York, 1916), XXXVII, 82-83.

José Joaquín Pérez, en el prólogo que escribió para la edición de 1882, alude también al simbolismo del cacique: Enriquillo es un símbolo y una enseñanza. Es el símbolo perfecto de los oprimidos, de cuantas generaciones han venido batallando contra ese inmenso océano de tempestades que se llama la vida. Sufriendo por él, y más que por él, por los hermanos en quienes se cebaba la codicia, la ambición y la ruindad de todas las pasiones que engendra el egoísmo, es la imagen de la humanidad, que viene derramando lágrimas y sangre en cada etapa de la sucesión de los tiempos, para levantarse un día y otro día a conquistar sus derechos. Diríjase una mirada al vastísimo campo de la historia y desde Espartaco hasta John Brown y Lincoln, se verá reflejado el espíritu que animó al infortunado último cacique de la extinta raza de Haití.

El símbolo ha tomado aquí carácter de universalidad. Inicia además J. J. Pérez el paralelo de Enriquillo con los libertadores de esclavos de la historia, que se repetirá en críticas posteriores.

El intento más serio de interpretación que hemos encontrado de la novela, es de Manuel F. Cestero.²⁸ En su crítica aporta estas nuevas observaciones: Galván tiene presente la actualidad dominicana en el momento de escribir su obra: la agonía y degradación de los tiempos de la independencia y la restauración después del periodo anexionista. No retrata sólo las llagas de la sociedad dominicana, sino de toda Hispanoamérica.

Amplía el paralelo entre Enriquillo y Lincoln: como Lincoln suprimió la esclavitud pero la suplantó el imperialismo *yankee*, así en la Española se suprimió también, pero la suplantó la tiranía de los presidentes dominicanos.

La aplicación del episodio de Enriquillo a la actualidad dominicana había sido insinuada por el autor mismo en la reseña retrospectiva al frente de la tercera edición de su obra.²⁹ Refiriéndose a los apologistas del cacique dice:

No miraron a las convenciones circunstanciales en aquellos días de pasión y de lucha para reforzar con su franca adhesión las conclusiones que en el *Enriquillo* se deducen de yerros pasados, como admoniciones aplicables a yerros análogos de aquella actualidad, cuyos efectos, previstos entonces, han adquirido ya el sello de lo irremediable.

Cuando Galván escribe estas líneas, es por segunda vez un desterrado voluntario en Puerto Rico a causa de los sucesos políticos desarrollados en Santo Domingo de 1903 a 1905. Quiere mostrar imparcialidad absoluta ante los nuevos sucesos. Y en esta edición suprime la dedicatoria a don José María de Labra —hecho que nos parece absurdo— y el prólogo de José Joaquín Pérez.

Con esas páginas Galván interpreta su libro como “la expresión del anhelo de los que aspiran al reinado de la fraternidad y la justicia en todos los pueblos de habla española”.

Cestero va mucho más lejos. Una sección de su ensayo se titula *La filosofía de Enriquillo*, que sintetiza así:

La naturaleza para el hombre es la razón. La felicidad consiste en vivir según la naturaleza. Nuestro bien y nuestro mal están en nuestra voluntad. Un mismo derecho y una misma ley, la filantropía, la solidaridad en el bien: tal es la filosofía que se desprende de *Enriquillo*.

Testimonio del entusiasmo que en los dominicanos suscitó *Enriquillo* desde su publicación es el artículo de Federico Henríquez y Carvajal contestando a una encuesta de la revista *Letras* que dirigía Horacio Blanco Fombona en Santo Domingo. La encuesta se formulaba así: “¿Cuál es la mejor de las obras nacionales en prosa?”

Federico Henríquez afirma en ese artículo³⁰ que *Enriquillo* cuenta “con la consagración de no escaso número de votos en sucesivas generaciones literarias dominicanas.” Recuerda cambios de impresiones en que la opinión le fue favorable, en una larga enumeración de nombres entre los cuales están Francisco Gregorio Billini, Salomé Ureña de Henríquez, Eugenio Deschamps, Gastón F. Deligne y Félix E. Mejía. De Mejía copia frases de reacción sentimental:

El libro me apasiona y mis ojos se nublan de tristeza o arden de indignación al recorrer sus páginas. Porque enseña y deleita, porque crea y no mata. Porque canta, nueva Iliada, la etapa culminante de la primera epopeya quisqueyana. Por todo eso téngola por la mejor obra nacional en prosa.

²⁸ Manuel F. Cestero, “Ensayos críticos: *Enriquillo*”, La Habana, *Cuba Contemporánea* (1917), XIII, 316-37.

²⁹ Barcelona, Vda. de J. Cunill, 1909.

³⁰ *Letras* (Santo Domingo, agosto 1918).

La generación modernista, representada por Ricardo Pérez Alfonseca, cincela con los últimos toques el símbolo estatuario. En el prólogo que Pérez Alfonseca escribe para el poema *Guarocuya*³¹ de Henríquez y Carvajal, dice cómo, “para contemplar a Guarocuya con esa mirada cíclica que compendia en la cabalidad de sus destinos a un hombre que es un pueblo, es necesario tener las pupilas acomodadas a lo infinito”.

Pérez Alfonseca ve también al héroe sobre la cordillera del Bahoruco, “hombre con pies de monte o monte con cima de hombre”. Ve las páginas de Galván como núcleo de una cordillera ideal, “en que sobre los horizontes de la historia, se empina, martirizada, heroica y libre al fin, la raza quisqueyana”.

ENRIQUILLO EN LA LITERATURA

En dos obras más el cacique de Bahoruco es elevado al plano de la ficción literaria. Antecesor de Galván fue, en este aspecto, Marmontel.³² En su novela *Les Incas* introduce a Enriquillo, quien viene a visitar a Las Casas, enfermo en Santo Domingo. Cuando lo anuncian, Las Casas se dirige a Pizarro y dice: “Vous allez voir un cacique qui, s'étant retiré depuis plus de dix ans dans les montagnes de l'île, s'y conduit avec une valeur et une bonté sans exemple.”

En 1924, Federico Henríquez y Carvajal publica su poema *Guarocuya*. El cacique aparece enfermo, próximo a la muerte en su casa de Boya. En ese instante pasa por su memoria su vida toda que él comenta en monólogo interior. El poeta le atribuye estas palabras finales que recuerdan el último párrafo de la novela de Galván:

*La casta de los caciques
conmigo baja a la tumba;
mas queda, como una síntesis
i al aire libre se encumbra,
erecta sobre las lomas
señoreando la altura,
al mar Caribe de frente
de espaldas a la laguna,
ejemplo de patriotismo
la estatua de Guarocuya.*

EL AUTOR DE “ENRIQUILLO”

La importancia de la obra de Galván exige una biografía elaborada con disciplina y precisión. Esa biografía no se ha escrito aún. Requeriría una investigación llena de obstáculos, por estar los documentos necesarios dispersos en revistas y periódicos dominicanos coleccionados en bibliotecas particulares de acceso casi imposible.

Recogemos sin embargo, algunos datos apuntados al margen de lecturas y sobre todo, obtenidos directamente de Federico Henríquez y Carvajal, uno de sus más devotos amigos.

La vida de Galván se desenvuelve limitada por las fechas de 1834 a 1910. No estudió sistemáticamente en ninguna Universidad. Obtuvo la investidura de licenciado en leyes por acto de la Suprema Corte de Justicia, en una época en que el Instituto Profesional de la República estaba clausurado.

Inició su carrera como secretario de don Felipe Dávila Fernández de Castro, enviado a Europa en comisión plenipotenciaria en 1855.

Fue partidario de la reanexión de su país a España, que se consumó por Santana y O'Donnell en 1861. De 1863 a 1865 fue secretario del gobierno civil de Santo Domingo. Declarada de nuevo la independencia, marcha a Puerto Rico, todavía colonia española y allí ocupa el puesto de Intendente de la Real Hacienda. Regresa a su país en 1874, después de haber compartido los años de destierro entre España y Puerto Rico.

Fue Secretario de Relaciones Exteriores en 1876, bajo la presidencia de Espaillat, y en 1879-80, durante el gobierno de Cesáreo Guillermo. En 1892 declaró su adhesión a la causa libertaria de Cuba. Conoce entonces a Martí, quien había ido a la Isla a conferenciar con Máximo Gómez sobre sus planes revolucionarios.

³¹ *Guarocuya. Monólogo de Enriquillo* (Santo Domingo, Imp. Montalvo, 1924).

³² *Les Incas*, pp. 136-40.

Con Federico Henríquez y Apolinar Tejera, trabaja en el Instituto Profesional de la República en 1895. Fue vicerrector de ese Instituto bajo el rectorado de Billini.

Cuando en 1904 fue derrocado el gobierno de Wos y Gil, Galván era secretario de Estado. De nuevo abandona el país voluntariamente y se establece en Puerto Rico, hasta el año 1910 en que muere repentinamente en la ciudad de San Juan. Está enterrado bajo sencillo mármol en la Capilla del Santísimo Sacramento de la Catedral de Santo Domingo. La inscripción dice estas palabras: “Manuel de Jesús Galván. Falleció en San Juan de Puerto Rico en 1910. Sus restos fueron trasladados a Santo Domingo en marzo de 1917.”

Además de *Enriquillo*,³³ su única obra literaria, Galván realizó intermitente labor periodística. Durante el periodo anexionista fue uno de los redactores de *La Razón*, semanario de aquel gobierno que se publicó de 1862 a 1863. Colaboraba de vez en cuando en periódicos dominicanos: en *El eco de la opinión*, *El teléfono*, *Letras y Ciencias*, *La cuna de América*, *Revista literaria* y *La crónica*.

CONCHA MELÉNDEZ.

Universidad de Puerto Rico.

³³ En 1954, la Pan American Union publicó la traducción al inglés del *Enriquillo*, bajo el título *The Cross and the Sword*.